

»Y no fué su muerte sin prodigios, así como no era posible imaginarla sin profundo duelo de sus vasallos. Al espirar:

Una estrella reluciente  
Aparece et resplandor;  
Et las piedras ciertamente  
Agua et sangre muy caliente  
Sudan, con grand dolor.

Sallyó el ánima gloriosa  
Daquel su cuerpo mortal:  
Fué con luz relumbrosa  
Et compañía fermosa  
A gloria celestial.  
Queda grand et soave olor  
En el cuerpo tan loçano:  
Quedan todos con dolor;  
Quedan todos con margor  
Por perder aqueste manno (1).

Tal era la tradición recogida de labios de la muchedumbre en el siglo XIII por el monje de Arlanza, que escribe el primitivo *Poema* consultando no obstante las leyendas latinas, no conocidas por nosotros, consignada en la *Estoria de Espanna* por don Alfonso X en la misma centuria, y reproducida en la XIV.<sup>a</sup> por otro monje de Arlanza, como el primero, ganoso también de perpetuar la gloriosa memoria del fundador de aquel celebrado Monasterio, según se perpetuaba la de algunos de sus hechos (2) y de sus dichos famosos, que eran considerados ejem-

(1) *Chrón. de Fernan Gonzalez*, cap. CLII. Todas estas noticias están reproducidas de la obra mencionada de nuestro Sr. Padre (t. IV. cap. XXI).

(2) Todavía, al visitar las dolorosas ruinas en que el tiempo, ayudado poderosamente por la incuria y el abandono del Estado, ha convertido la iglesia del famoso *Monasterio de Arlanza*, refieren los naturales hechos maravillosos guardados fielmente en la memoria de las generaciones, y entre ellos uno que aun siendo como es inverosímil, relacionan con la torre actual del derribado templo, la cual torre es obra sin embargo del siglo XV. «Despertando la curiosidad del viajero—hemos escrito antes de ahora,—en el arquillo extremo de la izquierda, por el

plos dignos de imitación en todas las edades, cual lo practicaba con efecto el ilustre don Juan Manuel en el *Conde Lucanor*, ya antes citado (1). No era el Conde de Castilla un hombre dotado de grandes ambiciones, osado y valeroso, al mismo tiempo que cristiano: era la encarnación, por así decirlo, de la voluntad celestial, el enviado de la Providencia, para realizar dos grandes fines políticos: el quebrantamiento del poderío musulime, y la regeneración é independencia de Castilla. Bajo este doble punto de vista idealizada, la figura de Fernán González adquiere colosales proporciones que se agigantan conforme el lapso de los siglos; y no sólo la piedad divina extrema con él los tesoros inagotables de su benignidad vaticinándole los triunfos que ha de conseguir

centro principal de la referida torre, hácese advertir, sobre los sillares del muro que cierra las arcaturas, larga huella oblicuada, de no fácil explicación, hallada sin embargo en la imaginación de los naturales y de los forjadores de tradiciones históricas. Dícese pues, que perseguido Fernán González por los islamitas, quienes al verle sólo le iban á los alcances no se sabe en qué ocasión, llegado á una de las enriscadas crestas de los montes que cierran por septentrión el horizonte de este paisaje, y encontrándose con la cuenca del Arlanza, en inminente riesgo de ser hecho prisionero, hincó sin piedad el acicate en la cabalgadura, la cual, arrancando con grande esfuerzo, saltó desde tal elevación y distancia hasta el *Monasterio*, quedando en la roca la huella de la herradura, que aseguran conservarse todavía, no sin antes haber Fernán González arrojado la lanza, cuyo árbol, impelido con singular y sobrehumano ímpetu, hería el muro de la torre, dejando en él aquella señal indeleble. El salto no fué menor de doscientos metros» (*Estudios arqueológicos de la prov. de Burgos*, Art. I, *Revista de España*, t. CXVIII, pág. 229).

(1) Prescindiendo del Enxemplo XVI, al que arriba hemos aludido, trasladaremos á este sitio el XXXVII, que dice de este modo: «El Conde Ferrant Gonzalez venció á Almanzor en Hacinas, et murieron y (*alli*) muchos de los suyos, et él et todos los demás que fincaron y (*alli*) vivos, fueron muy mal feridos; et ante que viniesen á guarescer, supo que le entraba el rey de Navarra por la tierra, et mandó á los suyos que enderezasen á lidiar con los navarros, et todos los suyos dijéronle que tenían muy cansados los caballos et aun los cuerpos; et aunque por esto non lo dejasen, que lo debían dejar porque él et todos los suyos estaban muy mal feridos, que dejase la lid, et esperase fasta que él et todos los suyos fuesen guaridos. Et quando el Conde vió que todos querían partir de aquel camino, sintióse más de la honra que del cuerpo, et dijoles:—«Amigos, por las feridas que tenemos, non dejemos la batalla; ca estas feridas nuevas que agora nos darán, nos farán que olvidemos las que nos dieron en la otra lid.»—Et desde que los suyos vieron que se non dolía del su cuerpo por defender su tierra et su honra, fueron con él, et venció la lid, et fué muy bien andante» (Tomo LI de la *Bib. de Aut. Esp.*, coleccionado por D. Pascual Gayangos).

contra los enemigos de la fe de Cristo, sino además los que logra sobre otros príncipes cristianos, como don Sancho de Navarra y el Conde de Tolosa, á quienes da muerte por sus propias manos en personal y peligrosísimo combate. No sólo para él hace que los elegidos de la gloria, como San Millán y San Pelayo, se le aparezcan y le aconsejen, sino que legiones enteras de arcángeles, convertidos en guerreros, con los referidos santos y el apóstol Santiago á la cabeza, luchan en sus filas y le coronan de inmarcesibles laureles; no sólo manifiesta su predilección hacia el castellano con el prodigio obrado en la iglesia donde busca amparo contra la alevosía del rey de Navarra cuando le prende, haciendo que el templo se hienda «dende suso fasta ayuso,» sino que cuando llega la hora de su muerte, brilla una estrella espléndida, bajan los ángeles del Señor para llevarse á los cielos el ánima del Conde y sudan las piedras agua y sangre humeante.

Atenta á los altos fines de eternizar las proezas del valeroso burgalés, desdeña la poesía, siguiendo los pasos de la tradición, las enseñanzas de la historia; y no hay triunfo ni victoria memorables obtenidos en tiempos posteriores contra la grey islamita, que no atribuya al Conde, ya haciendo intervenir en la lucha constantemente al famoso *háchib* de Hixém II Mohámmad Abi-Amér Al-Manzor, terror de los cristianos, asolador de León y de Compostela, para presentarle una y otra vez derrotado y vencido por el heroico ardimiento de Fernán González; ya pintando á éste y á sus valientes guerreros amenazadores al pie de los muros de Córdoba, con lo cual visiblemente se alude á la intervención de los leoneses en la discordia que surge en los posteros días del Califato entre Mohámmad II y Suleymán; como venga seguramente antiguos resentimientos con Navarra, presentando al rey don Sancho y al Conde de Tolosa destruidos y muertos por el castellano, lo cual demuestra, con otros hechos en que habrán sin duda reparado los lectores, que en la memoria de la muchedumbre, como en la de los poetas, se confundían tiempos, acontecimientos y personas, sólo por el anhelo de ofre-

cer todos aquellos timbres reunidos á modo de corona sobre las sienes del ídolo de Castilla.

No de otro modo pasaba la memoria de Fernán González á las narraciones históricas de los siglos sucesivos y no en otra forma lo cantaban los romances, según hemos ido notando. La *Crónica* de Gonzalo de Arredondo, Pedro Abarca, cronista de Aragón, Salazar y Castro, Argote de Molina, y en una palabra, todos cuantos hablan del ilustre Conde, siguiendo la *Estoria de Espanna* y la tradición poética, todos levantan la figura del héroe de Burgos, confundiendo sus hechos ciertos con aquellos otros que se le atribuyen, dando con esto ocasión y motivo á la reacción de Ferreras. Lícito habrá de sernos para presentar completo el cuadro y poner de relieve los piadosos extravíos de la tradición referida, aun dentro del mismo siglo xv, reproducir textualmente en este sitio, el siguiente trabajo de un escritor burgalés de nuestros días, pues basta él solo para el fin que nos proponemos. Siguiendo cuanto se consigna en la famosa *Historia de Arlanza*, escribía con efecto, una vez hecha mención de la prosapia del Conde: «La primera batalla, que el autor de la historia de Arlanza refiere haber ganado nuestro héroe, es la de *San Quirce*. Invadieron los moros el territorio de Burgos, y apoderándose de la ciudad de Lara, se manifestaron dispuestos á conquistar la capital con su importante fortaleza. Apenas lo sabe Fernán González, se apresta voluntariamente al combate. Logra reunir poco más de quinientos infantes y cien caballos, y habiendo salido en persecución de los infieles los alcanzaron y batieron con inaudito denuedo, sucumbiendo bajo la espada del castellano, Helich (1), el jefe árabe: los pocos á quienes no tocó la misma suerte, huyeron dispersos.

(1) No hay mención de semejante caudillo, ni el nombre es tampoco propio arábigo. El autor de la especie, que hubo de leer sin duda alguna crónica musulme, tomó el apelativo *élche*, renegado, que con frecuencia aplica Aben-Adharí de Marruecos á los reyes cristianos, como nombre de un general de Abd-er-Rahmán III (Véanse los capítulos precedentes).